



Seix Barral

Muriel Barbery

Thomas Helder





Seix Barral Biblioteca Formentor

Muriel Barbery

Thomas Helder

Traducción del francés por
Isabel González-Gallarza

DUELO

Un vasto cielo de nieve se inclinaba sobre el cementerio de Châteauevieux, donde inhumaban a Thomas Helder, y Margaux Chanet pensaba: No debería estar aquí. Miraba las montañas, las casas y los graneros, la gran atalaya y el pequeño calvario en el cruce de caminos. Mientras todo se difuminaba en el lento descenso de los copos, seguía mirando y pensando: No debería estar aquí.

Has venido, dijo una voz en neerlandés a su espalda. Jorg, dijo ella sin volverse. Margaux Chanet, prosiguió la voz, habrá sido necesaria la muerte para convocar a los aparecidos —Jorg Helder, dijo ella, habrá sido necesaria la muerte para que dejes la ciudad. Avanzó hasta donde estaba Margaux. La muerte es asunto mío, pero siempre he odiado este puñetero campo, dijo con un suspiro. Ella lo miró de arriba abajo. Despeinado y desaliñado incluso en el entierro de su hermano, pensó —Elegante a más no poder, observó él, el luto por un amigo te sienta de maravilla.

No pensaba volver a verte algún día, dijo ella.

Un inmenso cielo blanco dominaba el cementerio mientras avanzaban hacia la tumba, donde un desconocido decía en neerlandés: Y, bajo la nieve, huyeron para siempre. Paule, la madre muy querida, se apretaba una rosa contra el pecho; a su derecha, Anna, la mujer de Thomas, miraba un punto en la lejanía; Sanne, la hermana del difunto y de Jorg, lloraba con la cabeza gacha; frío y ausente, Jan, su padre, tenía el mismo porte erguido y rígido de siempre. La Santísima Trinidad, pensó Margaux, observando a los tres últimos, qué poca sintonía con su ser querido. No sabía quiénes eran algunos de los presentes, pero reconoció a ciertos allegados y parientes de los Helder. Sobresaltada, descubrió la silueta de Hendrik, algo apartada. Jorg seguía a su lado. Avanzan las sombras, pensó de pronto mientras la luz declinaba y otro desconocido tomaba a su vez la palabra.

Por desgracia, las sombras, dijo, y luego calló, embargado por la emoción. Era guapo, tenía la tez pálida y los ojos claros. Se parece a Thomas, pensó, ¿será su hijo? Por desgracia, prosiguió el joven, no conocí bien a mi tío. Ah, no, se corrigió, en qué estaré pensando, es el hijo de Sanne, ¿cómo se llamaba? Las sombras avanzan y no las vemos, prosiguió el sobrino de Thomas y de Jorg, la oscuridad

se cierne y no la vemos, la noche se prepara y no la vemos. Un día, sin embargo, las descubrimos a plena luz, las sombras, la oscuridad y la noche, y comprendemos que el mundo en el que hemos vivido ha muerto. Se interrumpió. Murió hace tiempo, añadió, y ella pensó: Recuerdo este texto, el otro orador también recitaba un texto de Thomas.

El joven calló, Margaux se cruzó con su mirada. Se había levantado un viento suave y húmedo, la nieve se arremolinaba con ligereza, borraba las montañas, las casas y los graneros, el tejado de la iglesia, la atalaya, la cruz negra del calvario y, bajo las nubes oscuras, también los rostros. De un recoveco de su memoria surgió el rostro de Thomas, y Margaux lo vio como era en tiempos, con ese aire irónico y esa mirada grave. No es él del todo, se dijo, y la nieve barrió el extraño recuerdo. Se hizo el silencio mientras bajaban el féretro. Al fin, cuando arrojaron una rosa a la fosa y los enterradores empezaron a sepultarlo, se fueron todos. Margaux estrechó algunas manos, fue de los últimos en abandonar el recinto del cementerio y se dirigió a pie con Jorg a la casa de los Helder. Allí, pensó: Hans, el hijo de Sanne se llama Hans.

Cómo es la nieve, de noche, pensaba. En ella se convive con otras épocas, otras fuerzas. Caía la nieve y ella pensaba: Se convive con misterios. Por la ventana se veían bailar los copos bajo las luces del granero, y ella pensaba: Se convive con aparecidos.

Jorg Helder, por ejemplo.

Señalando a los asistentes, que, reunidos en la gran sala, iban sentándose aquí y allá a charlar en voz baja o buscaban el calor de la chimenea, mientras servían el vino, Jorg le dijo: Comienza la verdadera ceremonia; las dos familias reunidas, ¿acaso hacía falta otro muerto? Y, al bajar ella la mirada: No soy tu enemigo, Margaux. Alguien les llevó una copa, y se sentaron junto al fuego.

Nos alegra que estés aquí, le dijo Sanne al pasar por su lado, tu habitación está lista, enseguida estoy contigo. Jan se acercó y le dijo más o menos

lo mismo, así como otros más, en una torpe coreografía que a ella le resultó más bien cómica. Todo el mundo se alegra de verme, pero nadie quiere hablar conmigo, le dijo a Jorg. Menos yo, dijo él, y añadió: Mi hermana está igual que siempre, pero ¿has visto cómo ha envejecido mi padre? Margaux observó a Jan, su alta silueta austera, su frente ancha y severa. Siempre me ha parecido viejo, dijo —Es el formol protestante y conservador, comentó Jorg divertido.

Fuera, la noche ocultaba el jardín y, a lo lejos, el panorama del valle, los barrancos umbríos, las piedras volcánicas y la áspera vida de la meseta. Las luces del granero barrían la tierra blanca. La grava del camino brillaba. Más allá, la vegetación estaba anegada en una oscuridad que el viento disipaba a rachas bajo los focos; surgía entonces el perfil de las hierbas altas y las grandes rocas, y luego todo volvía a sumirse en las tinieblas. No debería estar aquí, pensó Margaux una vez más, son todo recuerdos y tristeza, no tengo más presente aquí que el de la traición. Cayó en la cuenta de que Jorg le palmeaba la rodilla, indicándole con ese gesto que escuchara. ¿Cuánto tiempo lleva así?, se preguntó. Estoy cansada, me pierdo en los estratos del tiempo.

Thomas pertenecía a Ámsterdam, decía Anna, que se había levantado para hablar, pero quiso

pasar aquí los últimos días de su vida. Aquí, en casa de su madre, en el escenario de su infancia. Miró a Paule y luego a Margaux. Parecía más rubia y diáfana que nunca; una esposa transparente a través de la cual se distingue al difunto, pensó Margaux. Pero lo que le gustaba a Thomas de Châteauevieux, prosiguió Anna, eran el silencio y el vacío. Decía: En este silencio y en este vacío, se ve. Cuando le preguntaba: ¿Qué se ve?, se quedaba callado. Al final, sin embargo, me contestó.

Una mujer, murmuró Jorg.

Una mujer, dijo Anna.

Quiso seguir hablando, indicó con un gesto que no podía, y una ola de empatía recorrió la sala. Otras épocas, otras fuerzas, pensó Margaux, mientras las conversaciones se reanudaban en voz baja. Vio a Jan dejarse caer sobre la silla y apoyar la mano en el brazo de Paule. Unidos al fin en la pérdida, pensó, cómo ha envejecido ella también, ¿la vejez viene con la edad o con el duelo? La chimenea desmesurada, las vigas oscuras y las paredes encaladas, el enlosado marrón, los horribles sillones, nada había cambiado, y pensó que, moribundo, Thomas había tenido que soportar todo ese exceso. Fuera, el viento arreciaba, arrojaba los copos contra la cristalera y aturdía las luces exteriores; debe de nevar en toda la meseta, pensó, y, sin saber por qué, eso la reconfortó.

Tanto tiempo después de los veranos compartidos de antaño, la familia Helder y la familia Chagnet, representada solo por Margaux, se hallaban reunidas de nuevo en la propiedad, sita en el Aubrac, que había heredado Paule Cambon (Helder por matrimonio), región de la que era ella misma oriunda. Alrededor, la meseta, la landa y las piedras. Más abajo, una aldea, Châteauvieux, en cuyo centro había una atalaya, una iglesia y un cementerio. El resto, una vasta extensión de soledad y espíritu sembrada de relieves verdes y pardos que, en verano, adquirían tonalidades anaranjadas. En la superficie, prados rastrillados por el viento, bosques de gargantas y cascadas, caminos cubiertos y frescas cañadas. Por encima, crepúsculos en los que el cielo volvía a pintar la tierra, albas en las que nacía el mundo y, al final del verano, violentas tormentas que duraban toda la noche. Pero nada de eso se ve a esta hora, pensó Margaux, y la embargó una sensación singular; algo *se aligera*, pensó, observando a su alrededor los seres y las cosas, pese

a su carga de duelo y de años, ¿de dónde viene esa ligereza?

Siempre he odiado las vacaciones en Château-vieux, dijo Jorg, sacándola de su ensimismamiento. No había un solo momento en que no me aburriera como una ostra, esperaba el final del verano como el prisionero su liberación, pero hoy reconozco, pese a todo, que es hermoso —Ya lo era entonces, y tú también eras ya un plomo, dijo Margaux. Él se rio, alguien pidió silencio haciendo tintinear una cuchara contra un vaso, y Sanne se levantó. Sonrió nerviosa y cruzó los brazos sobre el pecho. Thomas era un hombre bueno, empezó diciendo, y Jorg soltó una risita en voz baja. La oración fúnebre de santa Sanne, le murmuró a Margaux.

Thomas era un hombre bueno y un escritor de talento, prosiguió Sanne. Nunca entendí gran cosa de sus libros, dijo con una sonrisita, y los presentes rieron con tacto, pero conocía a mi hermano: estaba contenido en ellos por entero. De ahí a reconocer que tampoco entendía gran cosa de Thomas —nueva sonrisa, nuevas risitas discretas— no hay más que un paso. Soy Sanne, la hermana, la confidente, la que nunca hizo mucho más que estar ahí. No he tenido una carrera como mi otro hermano, Jorg, el mesías de la política —no lo miró—, o como Thomas, el de las letras —miró a Anna—,

pero estuve ahí, espero, y lo estuve también el último día. Lo que es un último día..., dijo, y se le quebró la voz. Calló un momento. Thomas estaba tumbado delante de la ventana, prosiguió, había una bruma transparente sobre el valle, digo transparente porque se veía la cima de la atalaya, el tejado de la iglesia y, en el horizonte, el estrecho de Rodez. Todo lo demás estaba oculto, pero Thomas señaló algo con la mano y dijo: Allí, ¿lo ves? Y lo vi: era muy hermoso, la bruma ascendía y, lentamente, iba difuminando todo el paisaje. Bajó la cabeza y la levantó de nuevo. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Entonces, en medio de esa belleza, murió.

Hizo un gesto que significaba: no puedo seguir. Paule se levantó y la abrazó, Jan lloraba.

Santa Sanne mejora con los años, dijo Jorg, su discursito me ha llamado la atención, puede que la lentitud no sea un vicio, a fin de cuentas. Yo también soy lenta, dijo Margaux sorprendida, y nunca me lo has reprochado. No, dijo él, Margaux la arquitecta es meticulosa, pero la mujer siempre ha sido rápida; en cuanto a Thomas, era lento de otra manera, me refiero a que su lentitud era voluntaria, lo convertía en el escritor que era, él odiaba nuestra velocidad —Odiaba sobre todo el poder, dijo Margaux —Es lo mismo, replicó Jorg, la velocidad va con el poder, con esa corrupción, con

esa avidez. Aquí es otro mundo. ¿Qué crees que buscaba aquí al final? ¿A una mujer? Habrá sido necesaria la muerte para que comprenda a mi hermano.

No buscaba nada. Quería una última cosa.

Una última ceremonia.